

BIBLIOTECAS Y LECTURAS DE MUJERES EN LA EDAD MODERNA



¿Qué son las bibliotecas de mujeres? A lo largo de estas páginas entraremos en el mundo de los espacios del libro, de la posesión de los mismos, y de las temáticas preferidas para leer, por parte de las mujeres, en los siglos XVI, XVII y XVIII.

En este artículo dejaremos aparte las bibliotecas conventuales femeninas porque estas tienen sus propias particularidades. Las bibliotecas de conventos y monasterios eran, en general, buenas, numerosas y variadas, pues en estos lugares se apoyaba la escritura y la lectura. Los libros espirituales, en estas casas, serán más especializados que los del resto de las mujeres. Las monjas podían tener sus propias bibliotecas en las celdas, a veces con libros profanos, como la *Celestina*, que se podían mandar quemar por ser improcedentes para la lectura femenina. Pero este es otro tema. Conocemos las bibliotecas de las mujeres de la Edad Moderna gracias a distintas fuentes de las que hablaremos a continuación.

Las fuentes

No hay apenas catálogos de bibliotecas femeninas en la Edad Moderna. Se tiene conocimiento, por ejemplo, del catálogo de la reina Isabel de Farnesio (1739), segunda esposa de Felipe V. Esto hace que los estudios sobre bibliotecas femeninas se hayan tenido que realizar, sobre todo, a partir del trabajo sobre testamentos, inventarios *postmortem*, escrituras de dotes y arras, e inventarios en vista de la realización del matrimonio. Se sabe, que la reina Isabel I de Castilla regaló libros a sus hijas, Isabel, Juana, María, y Catalina, en ocasiones importantes de sus vidas o en señal de dote. A partir del siglo XVIII, se utilizan como fuentes, además, las suscripciones a periódicos y las novelas sentimentales, para saber cuáles eran las lecturas femeninas.

Los espacios del libro

Las mujeres en la Edad Moderna no solían tener los libros en un espacio propio, como los hombres que contaban con su estudio. Ante la posesión de un número menor de ejemplares, lo normal era que éstas guardaran los libros de manera aleatoria, en la casa, en unos sitios y en otros, en arcas o arquillas, mezclados con todo tipo de ajuares femeninos, collares, hilos, tocados, sedas, ropa, estampitas y documentos. Éste sería el modo más normal de conservación de los libros en el mundo de las mujeres. Los bargueños, muebles de escritorio con cajones, servían también para acoger libros, escrituras, joyas y ajuares. Además, existían las librerías para aquellas mujeres que contaran con más de una veintena de libros. Pero las mujeres, en esta época y en su gran mayoría, solo tienen uno, dos, o como mucho, media docena de ejemplares. Por esta circunstancia es más adecuado hablar de libros y lecturas de mujeres que de bibliotecas de mujeres. En las grandes casas, en las que había oratorio, en él se guardaban los libros de liturgia, espirituales y misales, porque, sin ninguna duda, el camarín o capilla era uno de los espacios más apropiados para la lectura.

Pero, ¿cuántos libros eran y son necesarios tener para hablar de una biblioteca? El Diccionario de la

Real Academia Española dice que la biblioteca es el “lugar donde se tiene un considerable número de libros ordenados para la lectura”. Pero, ¿cuánto es un número considerable? Según algunos autores, 15 libros serían los necesarios, o el número mínimo para formar o hablar de una biblioteca. En el caso de las bibliotecas de mujeres, y ante esta afirmación, correríamos el riesgo de no encontrar casi ninguna que supere esta cantidad, y no nos referimos solo a la Edad Moderna. Las bibliotecas de muchas de las mujeres solteras, de la clase media, de la primera mitad del siglo XX, no superarán tampoco los 10 ejemplares. Por tanto, hablamos en la época Moderna de bibliotecas de mujeres con pocos libros, en algunos casos, incluso solo uno, y éste, casi siempre, orientado a la devoción. Mujeres que ejercen una lectura más intensiva que extensiva, que realizan una lectura de pocos libros, pero practicada de una manera más repetitiva. Es verdad que las bibliotecas de mujeres son más reducidas que las de los hombres, pero, ellas, hacen más un uso constante y cotidiano del libro. Debemos de tener en cuenta, que en esta época muchos padres impedían el aprendizaje de la escritura y la lectura



Sor Juana Inés de la Cruz, Miguel Cabrera, hacia 1750, Museo Nacional de Historia de México.

en sus hijas. Lectura que algunas mujeres tuvieron que aprender de manera autodidacta a partir de la realización, por ejemplo, de bordados.

La posesión y lectura de libros

En el paso de la Edad Media al Renacimiento emerge un importante número de lectoras. Hay testimonios que hablan de una mayor profusión de la lectura entre mujeres a partir del siglo XVI. La tendencia aumentará, sobre todo, en el grupo de aristócratas durante los siglos XVI y XVII que, con el de burguesas, despegará del todo, en el siglo XVIII. También, en estos siglos es más frecuente, la representación de mujeres leyendo en la iconografía y en la literatura. La Virgen María, santas, monjas, nobles y reinas, aparecen de manera profusa en la pintura, sobre todo en los dos primeros siglos, que darán paso a las burguesas y mujeres ilustradas en el XVIII.

Pero poseer libros no significa leerlos. En algunos casos las bibliotecas de mujeres son heredadas de sus padres, tíos, maridos, hermanos o sobrinos. Por tanto, los volúmenes de esas bibliotecas no tienen por qué coincidir del todo con los gustos lectores de las mujeres que los heredan.



Anunciación, Juan Correa de Vivar, 1559. Museo del Prado.

Que en el siglo XVI una comadrona tuviera un Virgilio latino estaba dentro de lo posible, pero no tanto el que lo hubiera leído; también podían tener numerosos libros las viudas de médicos, abogados, o incluso alguna posadera que, conseguía cobrar a los estudiantes mediante la entrega de libros, cuando no había otra cosa con qué pagar. Las bibliotecas de profesionales, médicos y abogados, solían ser más numerosas, por eso no es raro el que las mujeres de éstos contaran con más libros en sus bibliotecas cuando enviudaban. También son pocas las mujeres que estando casadas y al hablar de las bibliotecas aludan a “mis libros”, por eso es tan complicado, a veces, diferenciar unas bibliotecas de otras.

Hablamos en la época Moderna de bibliotecas de mujeres con pocos libros, en algunos casos, incluso solo uno, y éste, casi siempre, orientado a la devoción.

Las mujeres que se dedican al comercio suelen poseer libros para venderlos, aunque su trabajo no tenga que ver directamente con la venta de ellos. Este es el caso de la mujer de un platero, por ejemplo.

Las bibliotecas de las reinas y mujeres nobles son casos aparte, como también ocurre hoy en nuestros días. Las reinas y nobles no sólo heredaban las bibliotecas de sus casas sino que ellas mismas tenían la posibilidad de comprar, encargar biblias, obras clásicas, crónicas, libros de horas, donar libros o mandar encuadernarlos, para destino patrimonial, mecenazgo, o uso propio. Las numerosas dedicatorias hacia reinas y nobles en los libros nos señalan el aumento de las lecturas femeninas en la Edad Moderna, y que más allá de captar la benevolencia, por parte de este grupo, acaba siendo un auténtico reclamo comercial dentro del ámbito femenino. Bien es verdad que no todas las bibliotecas de las nobles tenían por qué ser tan grandiosas. Algunas podían albergar solo unos pocos libros.

También, había mujeres que conseguían acudir a las bibliotecas de los familiares más pudientes. Y, por supuesto, estando casadas, las bibliotecas del matrimonio se podían compartir. En esta época existía, asimismo, la posibilidad de alquilar libros por parte de mujeres poco pudientes o pertenecientes al ámbito artesanal (tejedoras). Sabemos que se alquilaban bastante, los libros de caballería, que eran tan

del gusto del sexo femenino. Los libros se tenían, o bien en propiedad, formando bibliotecas, o fruto de los préstamos; pero bien es verdad, que para la mayoría de las personas era mejor comprarlos. Tener el libro en propiedad suponía poseer un bien válido, un bien económico más, porque éste siempre se podía vender en almoneda. Como ya hemos indicado con anterioridad algunas mujeres recibían los libros en concepto de dote o de arras, y en algunos casos, estos ejemplares eran aportados por los padres sin ser, además, de ningún interés por parte de las mujeres.

Temas

Los directores espirituales vinculados a las familias (confesores, parientes religiosos, asistentes espirituales, etc.), elegían en muchas ocasiones las lecturas más apropiadas para las mujeres. Así, por ejemplo se explica que, algunas bibliotecas tengan obras de determinadas órdenes y no de otras. Estos padres espirituales también podían prestarles libros en todo momento.

Pero el libro femenino por excelencia de la Edad Moderna es el Libro de Horas. Raro será el inventario de libros de mujer que no lo cite. Este libro servía para la oración individual basada en la lectura, ya fuera en el hogar o en la iglesia, junto con otros libros de devoción. Otros devocionarios podían ser: el *Flos Sanctorum*, un libro de epístolas y evangelios, el *misal*. La posesión de varios Libros de Horas por parte de una señora noble suponía su uso para el rezo colectivo con las personas que la atendían, dueñas, doncellas y criadas.

El Libro de Horas será el lugar también de instrucción de muchas mujeres, que en su versión rústica, podía ser el libro más barato al alcance de todos (unos 3 reales). Frente a este tipo, se encontraban los Libros de Horas ricos en encuadernaciones e ilustraciones, propios de reinas y nobles. Estos libros se realizaban a mano, como el de la Duquesa de Alba (1573-1574) y podían llegar a costar 59 reales.

Las bibliotecas de reinas y nobles solían albergar varios cientos de libros pero la temática no era muy diferente a la de otras bibliotecas femeninas. Así destacaríamos los libros de lectura devocional y espiritual, obras de carácter histórico, las novelas de caballería, y de entretenimiento. En estas bibliotecas de la alta sociedad, además, se podían encontrar obras en varios idiomas, francés, italiano y latín, e incluían una mayor diversidad de materias, como la historiografía, algún clásico, y, cómo no, los tratados de educación de príncipes o gobierno. Incluso un determinado tipo de poesía religiosa que se difunde, como pliego suelto, está también destinado a mujeres de la nobleza, con fines eminentemente pastorales. Las *Epístolas* de San Jerónimo, obras muy vendidas en esta época, tenían por protectoras, también, a mujeres de la nobleza.

Dentro de las obras de ficción que más gustan en el sector femenino están las novelas sentimentales y los libros de caballerías. Las primeras destinadas claramente al público femenino, los segundos destinados a caballeros y jóvenes, pero sobre los que las mujeres fueron lectoras fieles. Los libros de caballerías serán de gran atracción para el público femenino desde la niñez. Estos se podían leer de manera colectiva y ser prestados, ante la dificultad que podían tener las mujeres en adquirirlos, por parecer negativos a la sociedad patriarcal. Lo que sí está claro es que las obras de caballería fueron de las temáticas más preferidas por las mujeres. Teresa de Jesús fue un ejemplo de ello.

De entre la literatura de entretenimiento podemos destacar el *Amadís*, algunos cuentos de Cervantes, *La Diana* de Jorge de Montemayor, *La Celestina*, y el *Lisandro y Roselia* de Sancho de Muñón. En la segunda mitad del siglo XVI, las novedades fueron los libros de pastores, que desde la edición de *La Diana*, de 1559, gozan de gran éxito, considerándose como



Reina consorte y regente Mariana de Austria.
Anónimo, 1665-1670, Museo del Prado.

obras femeninas por excelencia. Desde el segundo decenio del siglo XVII tomará relevancia la novela corta, que contará entre sus autores de fama a varias mujeres: María de Zayas, Leonor de Meneses o Mariana de Carvajal.

Los hombres, por su parte, tendrán más preferencia por los manuscritos, la historiografía o los libros ilustrados, frente, como ya hemos reflejado, a los libros de espiritualidad y libros en prosa e impresos, de las mujeres. Ellas solían poseer pocos libros manuscritos en sus bibliotecas como libros de memorias y recetas.

Pero, ni siquiera las mujeres de la alta jerarquía pudieron leer lo que quisieron. La lectura se limitará aún más a la mujer a partir de la edición del *Índice de libros prohibidos*, de Valdés, de 1559. En él, se prohíbe leer obras en romance de temática espiritual y de otros géneros más propios de mujeres. En épocas anteriores la capacidad de elegir había sido mayor. Se prohibieron, la Biblia en romance, incluso antes de que aparecieran los índices, los Libros de Horas con supersticiones, los libros de oraciones, los *Flos Sanctorum*, aunque algunos sí se permitieron. Y la legislación anterior, como la Pragmática de 1558 y otras leyes, que prohibían el publicar sin nombre de autor o sin licencia, habían reducido la disponibilidad de muchos títulos para laicos y en especial para las mujeres. Así, no es de extrañar que la

Biblia tuviera una representación un poco justa en las bibliotecas de mujeres.

Las lecturas que se recomendaban a las mujeres eran: las vidas de santos como San Francisco, Fray Luis de Granada, Catalina de Siena, *Flos Sanctorum*, todas las cartas de las misiones de la Compañía de Jesús que trataran de las Indias, y libros sobre cosas naturales y de historia humana, pero siempre que ayudaran al espíritu. A Luis Vives, por ejemplo, le parece bien que la mujer lea sobre naturaleza, aunque sean mejor los libros de religión y educación. Por ejemplo, las hagiografías a lo largo del siglo XVII, se muestran como modelos de santidad utilizados para su imitación desde la niñez.

En el siglo XVIII, las mujeres aparecen suscritas con frecuencia a novelas sentimentales y didácticas.

Estas bibliotecas y lecturas de mujeres en la Edad Moderna se podían corresponder también con las de hombres laicos, no profesionales, oficiales y criados, que quedaban restringidos a determinados géneros religiosos por no estar tan formados.

La poesía, aunque pueda parecer extraño, no aparece demasiado representada en los inventarios, a pesar de que muchas de las mujeres que escribían lo hacían en este género. Es posible que, los *Cancioneros* se vieran como un producto menor de la imprenta, al igual que los pliegos sueltos. Es probable que la poesía entre las mujeres corriera más de manera oral que escrita.

Es un común denominador en las bibliotecas de mujeres, la ausencia de obras que hablen de las mismas mujeres, tanto a favor, como en contra. Esto no debe resultar extraño si pensamos que, en su grandísima mayoría, éstas fueron escritas por hombres, para dirigir la moral y formación de las mujeres. Algunas mujeres llegaron a mandar quemar este tipo de libros.

El siglo XVIII

Desde el siglo XVI, y sobre todo, desde el siglo XVIII, se quiere atraer a este público potencial femenino, junto a la voluntad de moralizarle, conducir sus comportamientos, y ofrecerle instrucción y entretenimiento, con obras de moral y de economía doméstica, como *Instrucción de la mujer cristiana* de Luis Vives o *La perfecta casada* de Fray Luis de León. Todavía las lecturas femeninas eran peligrosas si no estaban cuidadosamente dirigidas.



Retrato de la madre de Rembrandt (Anciana leyendo la Biblia), Gerrit Dou, hacia 1630. Museo Nacional de Amsterdam.

Si bien es verdad que desde el siglo XVIII se abren a las mujeres más posibilidades de lectura que muy poco tienen que ver con las de los siglos precedentes. Las renovadoras propuestas de los ilustrados por un lado y los imperativos del mercado editorial por otro, hacen que a la hora de leer, las mujeres, tengan mucho y muy nuevo donde elegir.

Algunas de estas lecturas que hemos presentado fueron sustituidas por las suscripciones a periódicos, y novelas sentimentales, y por las lecturas compartidas en el ámbito de un salón burgués. Aparecen periódicos escritos por damas pero dirigidos a ambos sexos como *La Pensadora Gaditana* (1763-1764) o la *Pensatriz Salmantina* (1777).

El número de lectoras aumenta y cada vez son más solicitadas por autores y editores. Este proceso se acelera con el avance de la alfabetización y la circulación más amplia del impreso. Las mujeres aparecen suscritas con frecuencia a novelas sentimentales y didácticas. Algunas damas como la Duquesa de Osuna solicitaban catálogos italianos y novedades literarias de París e intercambiaban libros y opiniones con literatos como Moratín. En las bibliotecas de mujeres de esta época hay obras de moral y economía del hogar, tratados de divulgación sobre medicina doméstica y conservación de la infancia, tanto de autores españoles como extranjeros.

Conclusiones

En las bibliotecas de mujeres en la Edad Moderna podemos encontrar unos pocos libros, impresos, normalmente pequeños, en lengua romance, con contenidos poco variados: libros de oraciones, libros religiosos y de espiritualidad, de ficción literaria y manuales especializados en variedades o misceláneas, fruto de una lectura intensiva.



El estudio, Jean Honoré Fragonard, 1769, Museo del Louvre.

Para finalizar diremos que las bibliotecas y lecturas femeninas en la Edad Moderna no solo sirvieron para el aprendizaje moral, intelectual, o para conducir comportamientos. En muchos casos, estos libros valieron también como evasión, retiro, placer y entretenimiento, en esa búsqueda de, autonomía, independencia y libertad por parte de algunas mujeres. ▴

Bibliografía

- Álvarez Márquez, Carmen. "Mujeres lectoras en el siglo XVI en Sevilla", en *Historia. Instituciones. Documentos*, vol. 31 (2004), pp. 19-40.
- Arias de Saavedra Alias, Inmaculada; Franco Rubio, Gloria Á. "Lecturas de mujeres, lecturas de reinas. La biblioteca de Bárbara de Braganza". En *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*. Coordinado por Inmaculada Arias de Saavedra Alias. Granada, Universidad, 2012, pp. 505-550.
- Baranda, Nieves, "Las lecturas femeninas", en *Historia de la Edición y de la lectura en España 1472-1914*. Coordinado por Nieve Baranda Leturio. Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pp. 159-170.
- Bolufer Peruga, Mónica. "Mujeres de letras. Escritoras y lectoras del siglo XVIII". En *Feminismos en las dos orillas*. Editado por Rosa María Ballesteros García y Carlota Escudero Gallegos. Málaga, Universidad, 2007, pp. 113-142.
- Bouza, Fernando. "Memorias de la lectura y escritura de las mujeres en el siglo de Oro". En *Historia de las mujeres en España y América Latina*. Dirigido por Isabel Morant Deusa. Vol. II. *El Mundo Moderno*. Madrid, Cátedra, 2005, pp. 169-192.
- Cátedra, Pedro M.; Rojo, Anastasio. *Bibliotecas y lecturas de mujeres: siglo XVI*. Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004, 461 pp.

Ficha técnica

AUTORA: González de la Peña, María del Val (mval.gonzalez@uah.es), Departamento de Historia y Filosofía, Universidad de Alcalá.
FOTOGRAFÍAS: Museo del Louvre. Museo Nacional de Amsterdam. Museo del Prado. Museo Nacional de Historia de México.
TÍTULO: Bibliotecas y lecturas de mujeres en la Edad Moderna.
RESUMEN: En este texto se describen diferentes aspectos relacionados con las bibliotecas y las lecturas de mujeres en la Edad Moderna: las fuentes de estudio, los espacios o la posesión y lectura de libros, así como los temas preferentes de las mismas. Finaliza el artículo con algunas conclusiones sobre estas interesantes bibliotecas.
MATERIAS: Bibliotecas de Mujeres / Edad Moderna.